LA CAMPAÑA DE ÁFRICA,

POEMA EN DOS CANTOS

QUE OBTUVO EL ACCESSIT EN EL CERTAMEN EXTRAORDINARIO

ABIERTO POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

en 17 de Febrero de 1860,

PARA CONMEMORAR LOS TRIUNFOS DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS EN LA GUERRA DE ÁFRICA

SU AUTOR

DON ANTONIO ARNAO.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL
1860.

LA CAMPAÑA DE ÁFRICA.

LA CAMPAÑA DE ÁFRICA,

POEMA EN DOS CANTOS,

QUE OBTUVO EL ACCESSIT EN EL CERTÁMEN EXTRAORDINARIO

ABIERTO POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

en 17 de Febrero de 1860,

PARA CONMEMORAR LOS TRIUNFOS DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS EN LA GUERRA DE ÁFRICA.

SU AUTOR

DON ANTONIO ARNAO.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL.
1860.

Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.

HERRERA.

Á LA MEMORIA

DE LOS HÉROES ESPAÑOLES

MUERTOS EN LA GLORIOSA CAMPAÑA DE MARRUÉCOS,

consagra este homenaje

ANTONIO ARNAO.

LA CAMPAÑA DE ÁFRICA.

POEMA.

CANTO PRIMERO.

I.

Canto la gloria de la hispana gente
Que el mar traspuso, de ardimiento llena,
Para vengar en África inclémente
Ultrajes de la Luna sarracena.
Mostró denuedo heróico y fe potente;
Llevóla al campo el que venció en Lucena,
Y alzó por fin en triunfo y sin mancilla
La invicta Cruz, la enseña de Castilla.

II.

Espíritu de Dios! Eterna llama,
Que al vate alumbras desde el cielo santo,
Tú á quien el Rey Profeta implora y ama,
Tú que inspiraste á Herrera el de Lepanto!
Vivificante luz en mí derrama;
Del tiempo vencedor, suene mi canto;
Y el orbe entero, desde ocaso al orto,
El nombre de mi patria escuche absorto.

III.

Y tú, Isabel, que victoriosa ostentas
Cetro y corona del tercer Fernando;
Que con sublime afan romper intentas
De la islámica Luna el yugo infando;
Desde el excelso trono en que te asientas,
Dígnate oir mi voz, con rostro blando:
Y ¡Dios clemente otorgue á mi deseo
Heróico alzar el himno de Tirteo!

IV.

Vibra doquier el eco de la trompa,
Terrible precursor de la batalla,
Diciendo al paladin que el sueño rompa
En que adormido su entusiasmo calla.
La madre Iberia, con solemne pompa
Se alzó; su cetro en el broquel restalla;
Y á sus hijos llamando á la pelea,
La cólera en sus ojos centellea.

V.

¿Salvó tal vez las cumbres del Pirene
El Corso audaz con bélicas legiones?
¿Á uncir al carro de sus triunfos viene
Á la que espanto fué de las naciones?
No; que la tumba lóbrega contiene
La nada de sus grandes ambiciones;
Y si el héroe viviese todavía,
Mi patria en nueva lid le venceria.

VI.

De siervos sin honor turbas rastreras
Que tiemblan á la voz de su tirano,
Los que de Europa insultan las banderas
Desde el salvaje límite africano,
Como tropel de desbandadas fieras
Por tierra humillan el blason hispano,
Y, muertos los Pelayos y los Cides,
Provocan á sus nietos á las lides.

VII.

Al sacrílego ultraje, al son de guerra,
Cual discurre con ímpetu violento
Fuego por las entrañas de la tierra
Que la hace retemblar en su cimiento,
El patrio amor que el español encierra
Cunde y restaura el prístino ardimiento;
Y esta nacion, ayer postrada, inerte,
Despierta y se alza y grita: «Guerra á muerte!»

VIII.

No hay labio que no invoque la venganza,
Ni corazon que combatir no pida;
Ponderoso fusil, aguda lanza
Son ya los compañeros de la vida.
Símbolo de poder y bienandanza,
No está Iberia en girones dividida;
Que en lo futuro de su gloria fijos,
Una enseña no más alzan sus hijos.

IX.

Y una vision magnífica y hermosa,
Que en viva luz arreboló el espacio,
Cuando en nocturno horror todo reposa,
Aparece á Isabel en su palacio.
Circunda su cabeza, esplendorosa
Diadema de zafiro y de topacio:
Su crencha es rubia, su mirada austera.....
Gran Dios! La sombra de Isabel primera!

X.

Y exclama: «¡Oh Nieta, cuya frente ciñe
La corona inmortal que yo ceñia!
¡Tú, cuyo rostro de rubor se tiñe
La audacia al ver del musulman impía!
De tu bandera en torno haz que se apiñe
Tu pueblo, asombro de la tierra un dia;
Y al punto yendo á debelar infieles,
Donde estampe su pié, broten laureles.

XI.

»Si arde en tu ilustre pecho sed intensa
De humana gloria, cogerás el fruto;
Si sólo quieres vindicar la ofensa,
La sangre mora te dará tributo.
Mas, noble siempre en tus designios, piensa
Que al infiel no te impelen muerte y luto
Triunfa, y de libertad y fe sencilla
Próvida siembra celestial semilla.

XII.

»Albion te mirará con arrogancia,
El hondo mar encrespará sus olas,
Peste y hambre en fatal perseverancia
Azotarán las huestes españolas;
Mas si en tu pecho abrigas fe y constancia,
Del alma insigne consejeras solas,
Serás quien haga, con propicia suerte,
Lo que rogué en el lecho de la muerte.»

XIII.

Dijo, y fugaz se disipó en el viento.
Y á la régia mansion tornó la calma;
Y enardecerse el noble pensamiento
La segunda Isabel sintió en el alma.
Lució á sus ojos el glorioso intento
Cual nuncio fausto de envidiable palma;
Y trayendo á la mente el fiero agravio,
«Triunfe Castilla!» murmuró su labio.

XIV.

Cual otra Sancha « Vuestro es mi tesoro!
(Clamaba al nuevo sol). Guerra os exijo! »
Y al escuchar su acento, contra el moro
«Sus! Guerra!» el alto Parlamento dijo.
« Guerra! » gritó la España en rudo coro,
Que estremeció las tumbas de Clavijo.
Cundió en Europa; mas la voz de «Guerra!»
Mudas halló las costas de Inglaterra.

XV.

Palabra santa, que con fe profunda
Debió sonar en el empíreo cielo;
Pues, como al sol la tierra se fecunda
Cubriendo espesa mies el ancho suelo,
Nutridas huestes de Isabel segunda
Pueblan el Sur, y con ardiente celo
Demandan los noveles adalides
Las dos columnas trasponer de Alcídes.

XVI

En la andaluza playa se presentan
Y acampan las belígeras legiones:
Cerros y llanos por doquier ostentan
Pertrechos, armas, tiendas y cañones.
Las españolas, que la lid lamentan,
Albos cendales mandan en girones;
Bálsamo, aceites, yerbas escogidas,
Para sanar del bravo las heridas.

XVII.

Mas llega el dia en que el cañon ibero
El fausto nombre de Isabel saluda,
Y el vasco Echagüe, entre clamor guerrero,
Del puerto zarpa en la tiniebla muda.
Con él va la vanguardia. Al sol primero
Dará principio la contienda ruda,
Y sellarán la tierra musulmana
Las gotas de la sangre castellana.

XVIII.

Y así fué!—Ya traspuesto el mar salado,
Hace señal de la primer pelea;
Y al árabe embistiendo denodado,
De Ceuta léjos acampar desea.
Resiste el moro; cede amedrentado:
No hay uno que en la fuga no se vea.
Cayó el Serrallo: conquistólo España.....
Próspero augurio de la gran campaña!

XIX.

Pero el soldado que luchó valiente
No al ocio y á la paz se restituye;
Convertido en obrero inteligente,
De foso y de trinchera se circuye.
Cadena de reductos imponente,
Con piezas artillándola, construye;
Y con egregios nombres los bautiza,
Y el pabellon hispano en ellos iza.

XX.

Oh Dios! ¡Con cuánta sangre el campo inunda
La animosa legion, de honor esclava!
Á la infiel multitud que la circunda,
Con piqueta y fusil resiste brava.
Una y otra embestida furibunda
Del rudo alarbe, su valor no acaba;
Mas aunque triunfa como cumple al fuerte,
Diezma sus filas la implacable muerte.

XXI.

Y las salvajes kábilas acuden
Cual manada de lobos espantosa;
Y aunque ansiando triunfar ciegas se iluden,
Derrama el vasco sangre generosa.
Será que horribles genios las ayuden?
La tempestad las sigue pavorosa,
Y el huracan el campo desbarata,
Y el cielo es una inmensa catarata.

XXII.

¿En dónde están, en dónde, los hermanos
De la asediada hueste de Castilla?
Ay! á ella tienden las convulsas manos
Del patrio suelo en la remota orilla.
Partir quieren, lidiar!—Intentos vanos!
En su rostro guerrero el llanto brilla;
Pues la mar, de su triunfo siempre avara,
Con gigantescas ondas los separa.

XXIII.

Ya la calma renace! El sol esplende,
El cielo brilla, el ponto se serena;
Y en la ciudad que hasta el fenicio asciende,
En señal de partir, el bronce truena.
La mansa linfa azul la armada hiende,
Y en África y España un grito suena:
Aquí, doliente voz de despedida;
Allá, salutacion de bienvenida.

XXIV.

Vedlos bogar!—O'Donnell los comanda,
Gran capitan, intrépido soldado:
Él, que á Iberia sus términos agranda;
Él, primer consejero del Estado.
Zavala va á sus órdenes, y manda
Un cuerpo del ejército esforzado;
Y le siguen valientes campeones.
Bravos jefes, impávidas legiones.

XXV.

Allí van los que beben las corrientes
De Arlanza y Duero y Tajo caudaloso;
Los que el sepulcro guardan diligentes
Del Apóstol de España portentoso;
Los del Turia en industria diferentes;
El sobrio astur, el andaluz brioso,
Y los del Ebro, de sin par constancia,
Terror de Grecia, admiracion de Francia.

XXVI.

No ostentan veteranos la blancura
De nevado bigote; cubre el bozo
Al bisoño doncel que su bravura
Franco revela con ardor de mozo.
Uno contra el Profeta airado jura;
Otro forjando hazañas muestra gozo:
Quiénes en galardon sueñan felices,
Quiénes buscan honrosas cicatrices.

XXVII.

Los armígeros buques van en tanto
Dejando por el mar, que señorean,
Negro rastro en el aire que da espanto,
Nívea espuma en las aguas que platean.
Princesa, Blanca, Céres y Lepanto,
Y otros muchos, soberbios gallardean,
Y cual titan en medio de su prole,
Levanta el Isabel su ingente mole.

XXVIII.

Pronto á esas tropas con marcial estruendo
Otros valientes seguirán á miles,
Lauro para sus sienes pretendiendo
Con ardor de altos pechos varoniles.
Prim regirá una hueste, y combatiendo,
El claro nombre ganará de Aquíles;
Otra Ros, que en la cítara descuella:
Vedla zarpar de Málaga la bella.

XXIX.

¡Ejército que ayer contra un agravio
Alzó la patria al desnudar su acero!
Cómo nombrar sus héroes puede el labio?
Qué frentes ceñirán laurel guerrero?
Parten con sólo un alma el rico, el sabio,
El menestral, el rústico, el bracero;
Y cual custodio que por todos vela,
El vencedor de Orán delante vuela.

XXX.

Pisaron ya la tierra de Mahoma,
Do enemigos aguardan á millares.
Cuán fecunda! Despide el suelo aroma!
Doquier la cubren bosques seculares!
Pueblan los campamentos valle y loma;
Y O'Donnell á los bravos militares,
Para que heróico esfuerzo los mantenga,
Con férvido entusiasmo los arenga:

XXXI.

«Soldados! Valerosos campeones!
La patria aquí su desagravio os fia.
Mirando están de Europa las naciones:
Sepan que honor fué siempre vuestra guía.
Vais á lidiar sin tregua: sed varones
De gran constancia, de clemencia pía.
La barbarie feroz teneis en frente:
El Dios de las batallas nos aliente!

XXXII.

»Veis esta tierra, nunca hospitalaria?
Regada está con sangre de cristianos;
Mas de la turba, del Koran sectaria,
Vengados van á ser vuestros hermanos.
Salga, pues, de su cueva solitaria
El tigre de los montes africanos;
Salga, y despliegue su furor salvaje:
Compensará muriendo el hecho ultraje.

XXXIII.

»No torpe encono, ni venganza loca
Os trajeron aquí: Dios es testigo.
Sólo á una madre defender os toca,
Dando al vil ofensor justo castigo.
Si suerte infiel vuestro poder derroca,
Si al hierro sucumbís del enemigo,
Morid alegres; que la sangre hispana
Nuevos hispanos vengarán mañana.»

XXXIV.

Nobles palabras!—Con furor maldito
Luzbel las oye en el profundo averno,
Y llamas brota, y lanza hórrido grito,
Y rudo mueve el enroscado cuerno.
Al oir su voz, el escuadron precito
Aullando llega con rencor eterno.
«Qué mandas?» dice, y ronco y fatigoso
Se estremece aquel antro pavoroso.

XXXV.

« Y ¿dejaréis, vasallos infernales,
(Brama Luzbel) que en la region del hombre
Gobierne la justicia á los mortales,
Y al universo su poder asombre?
¿No veis que contra súbditos leales
Los soldados de Cristo ¡odioso nombre!
Renuevan hoy la secular pelea?
Y no entrais en la lid?—Vasallos, ea!

XXXVI.

«Corred, volad! Los fueros del abismo
Soberbios defended: valor os sobra.
La horrible hostilidad comience hoy mismo;
Pues por mí vuestro enojo aliento cobra.
Hambre homicida, ciego Fanatismo,
Peste implacable, manos á la obra!»
Dice, y ruge; y en vuelo tremebundo
Se esparcen invisibles por el mundo.

XXXVII.

Y desde entónces sin cesar combate
El mílite á luchar apercibido;
Que, adalid de los moros y magnate,
Muley-El-Abbas gentes ha traido.
Nada del bueno la constancia abate,
Aunque se muestra el cielo encrudecido,
Y en hondo afan los fuertes españoles
Por batallas de hoy más cuentan los soles.

*

XXXVIII.

La Peste, cual fantasma, entre la bruma
Se levanta fatídica y funesta:
Recorre el campo con presteza suma,
Y los dardos mortíferos asesta.
La brisa que de esencias se perfuma,
Con deletéreos hálitos infesta:
En ponzoña el perfume se convierte,
Y el aura, ántes vital, es hoy de muerte.

XXXIX.

Vense doquiera rostros descarnados
En que la luz vivífica se apaga,
Labios sin voz y cuerpos encorvados,
Ojos cuyo mirar perdido vaga.
De la tumba á los antros no saciados
Largo tributo nuestra hueste paga;
Mas en tan vasto lecho de agonía,
Luce la fe, no muere la alegría.

XL.

No veis?—Entolda la celeste cumbre
La de santa memoria, Noche-Buena:
Soldados en festiva muchedumbre,
Con el rojo licor matan su pena.
De cien fogatas á la clara lumbre
Vese en todos brillar la faz serena,
Sin temor á la lid que los aguarda
Cuando otro sol en los espacios arda

XLI.

Unos se mofan del adusto moro,
Otros celebran al ausente dueño;
Quiénes tambien, junto á la llama de oro,
Cantando aguardan el benigno sueño.
Palmoteando aquél les hace coro;
Éste en narrar proezas pone empeño:
Nada su gozo disiparles puede
Miéntras de mano en mano el vaso ruede.

XLII.

Rápido el tiempo va. Por qué suspiran?
Qué inmenso ardor su corazon devora?
Hácia Tetuan cual á su norte giran,
Rendir ansiando la pujanza mora.
Bosques y breñas á su paso miran:
Se oponen á su marcha vencedora?
Con propia sangre labrarán camino
Para llegar triunfando á su destino.

XLIII.

Cual tropel de membrudos leñadores
Que empuñan con el sol hacha tajante,
Y con destreza pinos cimbradores
Por tierra van postrando en breve instante;
Tal con ardor fornidos zapadores
Arrasan cuanto estorba por delante.
Do nunca se estampó la huella humana,
Su planta Iberia estampará mañana.

XLIV.

Mas, ay ! aquel camino victorioso
Que hasta la infiel ciudad seguro guía,
Con noble sangre y con sudor copioso
Lo humedece el soldado noche y dia.
En él no deja el árabe reposo;
Doquier opone bárbara porfia:
Á aquella ruta le dirá la historia
«Calle de la amargura y de la gloria.»

XLV.

Ya nace el año.—Lucha encarnizada
Su nuevo sol alumbra en Castillejos.
Vese aquí tropa en líneas ordenada,
Inmensos pelotones allá léjos:
Lanza y fusil y yatagan y espada
Despiden hoy fatídicos reflejos;
Montes y valles el cañon atruena,
Y el humo denso los espacios llena.

XLVI.

Bravas lidian las árabes legiones:
Su embestida es feroz, su arrojo agreste,
Mas ¿quién dirá las ínclitas acciones
Y el gran valor de la española hueste?
Raudos al llano van dos escuadrones....
Húsares son.... publícalo su veste....
Tened!.. . segura muerte allí os espera!....
Un vértigo es su rápida carrera!

XLVII.

Catarata que hirviente se derrumba
Del ágrio monte á la feraz campaña,
Y en sus revueltas aguas abre tumba
Á la grey, al pastor, á la cabaña;
Tal, con fragor que por los aires zumba,
Vuelan al campo infiel en honda saña:
Hieren, derriban, matan y destrozan,
Y en la sangre del bárbaro se gozan.

XLVIII.

¿Quién es aquel que, rayo de la muerte,
Furioso traba singular pelea
Con un alarbe en cuya mano fuerte
El estandarte musulman ondea?
Es Mur, que en alas de benigna suerte
Alto renombre conquistar desea:
Mur, que al fiero enemigo vence y mata,
Y el pendon codiciado le arrebata.

XLIX.

Y torvo en tanto Prim, sus bravos viendo
De una altura dos veces rechazados;
La bandera de Córdoba cogiendo,
Se adelanta entre el fuego á los soldados.
«Ira de Dios! ¿Al moro vais cediendo!
»Sin mí, sin ésta! os dejo deshonrados:»
Y al escape se lanza al enemigo,
Y los arrastra impávidos consigo.

L.

Cumplida es la victoria! Por valiente,
De honor insigne cúbrese Zavala;
Mas, en el lauro con que ornó su frente,
Al capitan supremo nadie iguala.
Todo lo ve :su aspecto es imponente;
Ni áun oye el silbo de la ronca bala:
Do está la muerte, acude como el rayo,
Pues noble aliento le infundió Pelayo.

LI.

«Mañana (grita la esforzada tropa)
Veremos la ciudad, hoy enemiga.
Vendrán nuestros bajeles viento en popa;
Que Dios su rumbo próspero bendiga!
De triunfo en triunfo nos verá la Europa.
Quién puede resistir? No más fatiga.
Monte Negron nos abra sus gargantas;
Huellen á Cabo Negro nuestras plantas.»

LII.

Y ese mañana ¡oh desventura! llega,
Y el cielo enlutan nubes funerales.
El sulfúreo relámpago los ciega;
Despiden las montañas cien raudales.
El averno al Acaso los entrega;
El Hambre los aguarda entre breñales....
—Noche de horror!.... Oh míseros hispanos!
¿Adónde volverán ojos y manos!

LIII.

Anclada en tanto la guerrera flota
Del alto Cabo Negro en la bahía,
Rápida vió pasar á la gaviota
Que algun recio chubasco presentia.
En dos girones, por ocaso, rota
Una siniestra nube aparecia;
Y las ondas, que á veces rebramaban,
Augurio infausto á los marinos daban.

LIV.

Cual buen nauclero, el General prudente
Sereno dicta sábias precauciones.
Turba de marineros diligente
Doquiera cunde: giran los timones.
Al tremendo peligro se hace frente,
Porque ya hierve el mar á borbotones;
Y en tan terrible tráfago y faena
Robusta voz la manïobra ordena.

LV.

Mas, oh terror! el huracan sañudo
Muge, y revuelve de la mar el seno:
De oscura noche en el silencio mudo
El relámpago brilla y zumba el trueno.
En dónde hallar contra la muerte escudo?
Crujen rotas las áncoras de lleno;
La corriente las naves arrebata,
Y el flamígero rayo luce y mata.

LVI.

Con voz, por nadie en derredor sentida,
Un marinero murmuraba triste:
«Madre de Dios! defiende nuestra vida,
Tú que estrella del mar siempre luciste.
Déjanos ver la tierra apetecida,
Como siempre benéfica lo hiciste;
Y en señal de mi amor que te venera,
Tu santa imágen te daré de cera.»

LVII.

Y el vendaval, con ímpetu rugiendo,
Alzaba en montes olas espumantes;
Y de uno y otro barco el choque horrendo
Aterraba á los rudos mareantes.
Y aquel confuso, universal estruendo,
Y la sombra, más densa por instantes,
Asemejaban con horror profundo
Á la postrera destruccion del mundo.

LVIII.

Mas Dios disipa la tormenta, y raya
Por el Oriente nítida la aurora.
Duérmese el mar en la desierta playa,
Y vaga claridad sus aguas dora.
En tanto por el éter leda ensaya
Su endecha matinal ave canora,
Y henchida de perfume tibia cruzas,
¡Oh brisa de las costas andaluzas!

LIX.

Dó están las naves?—Ay! vense á lo léjos,
Dispersas por la líquida llanura,
Blanqueando su vela á las reflejos
Del sol, que asciende á la celeste altura.
Pocas, mas rotos ya los aparejos,
Sufrieron quietas la borrasca dura;
Y encallada en las sirtes, muestra el dia
La gallarda goleta Rosalía.

LX.

Y el ejército ?—Oh Dios! Dad á mi canto
De Jeremías la sin par tristeza,
Para que diga el temeroso espanto
De aquella noche y su mortal fiereza.
Mas no: calle mi voz; hable mi llanto...
¿Cómo el furor pintar y la crudeza
De aquellos elementos bramadores,
De aquellos infortunios y dolores?

LXI.

En tanto los espíritus protervos
Cuyo rencor satánico no cesa,
Mintiendo banda de rapantes cuervos
Allá se ven entre la bruma espesa.
Tal vez ¿auguran males más acerbos?
Adónde van con desmedida priesa?
—¡Á publicar su abominable hazaña
Por los dominios de la madre España!

CANTO SEGUNDO.

I.

La santa Fe, la vírgen peregrina
De salvadora cruz y blanca veste,
Ante el solio de Dios, triste se inclina
Salvar pidiendo la cristiana hueste.
Oye Jehová la súplica divina,
Y le otorga benigno el don celeste;
Y al gran caudillo, en hora misteriosa,
Presenta una vision maravillosa.

II.

Média la noche tétrica y oscura:
Silban los vientos con fiereza insana,
Y O'Donnell ve una mágica figura
Entre fulgor de cándida mañana.
Rota en pedazos, en su sien fulgura
Monárquica diadema lusitana;
Purpúrea sangre le matiza el pecho,
Por acero de bárbaros deshecho.

III.

«Yo en Alcazarquivir (prorumpe triste)
Perdí la vida, quebranté mi trono;
Mas con heróico esfuerzo tú viniste
Dique á poner al musulman encono.
En la empresa inmortal fiero persiste;
Mi venganza á tus bravos abandono:
Quedar pudo mi cuerpo aquí insepulto;
Mas ya no quedará mi nombre inulto.

IV.

»No en tí decaiga el superior aliento
Que móvil fué de insignes capitanes;
Hoy que te prueba el alto firmamento,
Sabio te impele á que la palma ganes.
Ánimo, pues! El bélico ardimiento
Ponga fin de tu gente á los afanes.
Oh azote del infiel y su perfidia!
Lusitania te ve con noble envidia.»

V.

Así dijo.—La suerte se decide.
«Sus!» grita el adalid á sus legiones;
Y el vivo fuego que al mirar despide,
Cunde por las bizarras divisiones.
Prim, que sereno los peligros mide,
Á Ceuta va con fuertes batallones:
Él traerá pan, batiéndose esforzado,
Para aplacar el hambre del soldado.

VI.

Mas Dios, que sólo aquilatar pretende
En sus amados hijos la esperanza,
El pardo velo de las nubes hiende,
Y se asegura plácida bonanza.
El ejército fiel la vista tiende;
Vagos puntos divisa en lontananza...
¡Son los bajeles que la patria envia,
Mensajeros de auxilio y de alegría!

VII.

Coronados de negra, inmensa pluma,
Creciendo van; se acercan por instantes.
Volcanes que se mueven en la bruma,
Semejan los vapores humeantes.
Ya atracan de la playa entre la espuma:
Las provisiones brotan abundantes.
De todo está la hueste abastecida;
Tornando en ella á germinar la vida.

VIII.

Y reanimada, sin temor, contenta,
Aclama el nombre del marino fuerte,
Que incansable y leal, doquier intenta
De sus hermanos aliviar la suerte.
Es Bustillo! el que en hórrida tormenta
«Yo solo, dijo, arrostraré la muerte;»
Él, que al honor de jefe y caballero
La audacia aduna del soldado fiero.

IX.

Militar espectáculo! Ya es hora
De alzar el campo y de partir. Los sones
De alegres bandas rompen á la aurora;
Las tropas bullen, piafan los bridones.
Dice el clarin: «En marcha!» y sin demora
Marchando van jinetes y peones;
Y en la movible multitud guerrera
El sol á llamaradas reverbera.

X.

La hueste! Es ilusion?—Vedla acampando
En Cabo Negro cuya cumbre espanta,
Pues, turbante de nubes ostentando,
Hasta la azul esfera se levanta.
Ya Fortuna la ve con rostro blando:
Allí ha sentado su robusta planta!
Hoy nada al español apesadumbra;
Que la ansiada ciudad por fin columbra

XI.

Para ganar la cima victorioso,
Cuánta constancia tuvo! cuántos brios!
Mas ya penas olvida en su reposo,
Juzgando sus afanes desvaríos.
Las voraces lagunas, el breñoso
Monte Negron, los interpuestos rios,
Todo se borra, todo, en su memoria,
Viendo rayar el astro de la gloria.

XII.

Hasta olvida el combate encarnizado
Que en aquella region, nueva Alpujarra.
Sostuvo ayer contra el alarbe, armado
De espingarda y cuchillo y cimitarra:
Ayer, que de jinetes un puñado
(Cual las empresas que la historia narra)
Puso espanto á la infiel caballería,
Que innúmera á los ojos parecia.

XIII.

Tetuan se ve á lo léjos!—Indolente
Sobre fértil colina se recuesta:
Cúbrela cielo azul y trasparente;
Frutecido verjel es su floresta.
Figura de los bravos á la mente
Muelle odalisca en abrasada siesta;
Feroz tirano en vela por su esclava
El erguido peñon de la Alcazaba.

XIV.

Allí está!—No es más bella la paloma
Que descansa entre verdes olivares.
Hora la luna, que en el cielo asoma,
Torna plata sus altos alminares.
¿Cuándo de sus jardines el aroma
Respirarán los buenos sin pesares?
Ruda ha de ser, sangrienta, la jornada
En que toquen la presa codiciada.

XV.

Mas ¿qué sordo rumor súbito empieza?
Monstruos lo causan del cerúleo seno?
Ya la armada sus proras endereza
Por do Guad-al-Jelú corre sereno.
Ya en línea se dispone con fiereza
Los fuertes á batir del agareno;
Ya en la diestra la mecha está brillando;
Ya robusta resuena voz de mando.

XVI.

Truena el obus: su horrísono estampido
De monte en monte por doquier rimbomba,
Y hasta del alto cielo es repetido:
Trazando por los aires ígnea comba,
Cual errante cometa enrojecido,
Rápida cruza la preñada bomba,
Ese huésped fatal de incendio y muerte,
Que en polvo los alcázares convierte

XVII.

Silencio pavoroso! ¿No responde
Al de la patria el bronce mahometano?
En dónde está su defensor? en dónde?
«Á tierra!» grita el Almirante hispano.
Y á tierra van. El moro huye y se esconde;
El bravo Rios desembarca ufano:
Pronto en la almena ibérico oriflama
Á los que están en Cabo Negro llama.

XVIII.

Ya vienen, pasmo á ser de las edades.
Como al mágico son del tracio Orfeo
Alzábanse en lo antiguo las ciudades,
Encarnacion viviente del deseo:
Así á la union de firmes voluntades
Un formidable campo alzarse veo,
Que los ojos tal vez arrasa en llanto
Al tetuaní, que mira con espanto.

XIX.

Llegan aquí las naves voladoras
Henchidas de guerreras municiones:
Se alzan reductos bélicos en horas;
Los erizan mortíferos cañones.
De barcas y maderas cimbradoras.
Camino á numerosas divisiones.
Con celo insigne, trabajando fieros,
Puentes labran los diestros ingenieros.

XX.

Quién habrá que á tal vista no se espante?
Batalla decisiva todo augura.
¿Se eclipsará la Luna ya menguante.
Ó aquí tendrá el hispano sepultura?
—La madre patria quedará triunfante:
Mi veraz corazon me lo asegura;
Mas ¡cuánta ha de correr sangre cristiana,
Confundida con sangre musulmana!

*

XXI.

Oh! ved allí.—Cual Etna, cuyo fondo
Bajo cima de nieve lava encierra,
Que reventando súbito, en redondo
De muerte y destruccion cubre la tierra;
Así Tetuan, que agita en lo más hondo
De sus entrañas fratricida guerra,
Prepárase á estallar cual vivo lampo,
Y á sembrar de cadáveres el campo.

XXII.

Vienen allí desde lejano suelo
Kábilas rudas, tribus sanguinarias,
Que la barbarie con su odioso velo
Ciega en regiones á la fe contrarias.
Siguen sus huellas el terror y el duelo:
Si acatan leyes, leyes son nefarias.
Para sí buscan robo y latrocinio;
Para el cristiano muerte y exterminio.

XXIII.

Hay una raza que en su furia oprimen,
Raza fatal, del mundo escarnecida,
En cuya frente, que revela un crímen,
El dedo del Señor grabó: «Deicida!»
Sus hijos, hoy cual nunca, opresos gimen;
Y anhelando salvar la dulce vida,
Llaman al sitiador en su tormento,
Viendo en él la salud su pensamiento.

XXIV.

«Guerra!» demanda el árabe iracundo:
«Paz!» el hebreo de ánimo mezquino;
Mas llega Sidi-Hamet, que por el mundo
Con llanto y sangre marca su camino.
Él no quiere rendirse; furibundo
Jura que exterminar es su destino.
«Prosiga, exclama, la contienda ruda!»
Y el cañon con sus salvas le saluda.

XXV.

En tanto, desde España que las siente,
Nueva legion de intrépidos cristianos.
Con patrio anhelo llega diligente,
El lauro á compartir de sus hermanos.
Progenie son de aquellos que en Oriente
Con los del Ebro fueron soberanos:
En el pendon que su adalid empuña,
Brilla en letras de fuego: «Cataluña!»

XXVI.

Prim les dice en su lengua: «Compañeros,
El caudillo á mi ejército os asigna:
Ó triunfad, ó en morir sed los primeros!
Tal es para valientes la consigna.
Si con mengua mis ojos han de veros
En vil accion de vuestro nombre indigna,
Será al punto la afrenta castigada.
Cómo?—En mi corazon y con mi espada.

XXVII.

»Á qué vinisteis? Á batiros?—Sea:
Mañana probaré si teneis brio.
Al moro, que frenético pelea,
Hay que amansar el ímpetu bravío.
No veis allá su pabellon que ondea?
No os parece que dice: «Os desafío?»
Pues el reducto aquel asaltaremos,
Ó todos, yo ante todos, moriremos.»

XXVIII.

Así prorumpe con rudeza noble,
Que el ánimo de todos electriza,
Tanto que en ellos con violencia doble
Crece el ardor que al bueno inmortaliza.
Oh! ¡Cómo anhelan que marcial redoble
Señal les haga de emprender la liza!
—Tened; que pronto, fatigando el viento,
Oiréis del atambor el ronco acento.

XXIX.

Allá sobre el arábigo terrado
De la Adüana que el Poniente dora,
Grave O'Donnell, de jefes circundado,
De la batalla el plan traza en buen hora.
Al infiel, en su campo atrincherado,
Tiende la espada siempre vencedora:
«Mañana!» exclama; y su mirar denuncia
Lo que modesto el labio no pronuncia.

XXX

Terminado el consejo, así les dice:
«Nos rendirá en la lucha el enemigo?
La patria desde léjos nos bendice,
Y Dios desde los cielos es testigo.
Que vuestro nombre el mármol eternice:
Mas no olvideis, oh bravos! lo que os digo:
Si honra al soldado fama de valiente,
Gloria del adalid es ser prudente.»

XXXI.

Cuanto les manda el héroe de Lucena,
Juran cumplir los bravos Generales;
Y él gozoso la frente alza serena,
Fiando en el valor de sus leales..
Hay corazon que el júbilo enagena,
Hay quien medita hazañas inmortales,
Hay miradas que torvas resplandecen,
Y aceros que en su vaina se estremecen.

XXXII.

Oh cuatro de Febrero!—Nace el dia
Glacial, lluvioso, encapotado, triste:
Sobre níveo ropaje, niebla umbría
Del rudo Átlas menor la cumbre viste.
Al sol, que el choque presenciar ansía,
Densa y tenaz la sombra se resiste;
Mas vence aquél, y sus fulgores rojos
En luz inundan cuanto ven los ojos.

XXXIII.

Formidables están, del sol al brillo,
Los campamentos de la mora gente.
Sidi-Hamet, al amparo del castillo,
Ondulante colina ocupa al frente;
Muley-El-Abbas, príncipe y caudillo,
Al diestro flanco, el Gelelí eminente:
Las tiendas esparcidas por las lomas
Suelta banda parecen de palomas.

XXXIV.

A una señal del capitan cristiano
Todo el mundo á partir está dispuesto:
Por cuatro puentes, y con rostro ufano,
El Alcántara turbio cruzan presto.
Bajan, y ocupan el tendido llano;
En él se forman con marcial apresto;
Y el moro por primera vez los halla
Desplegados á todos en batalla.

XXXV.

Suena el clarin: invictas divisiones
Avanzan en silencio á la palestra.
Con su gente en columnas y escalones
El denodado Prim va por la diestra:
Con la suya en iguales posiciones,
Ros, que anhela vencer, por la siniestra;
Y el centro cubren recia artillería,
Ingenieros y audaz caballería.

XXXVI.

¡ Cuánto es el órden con que cumplen unas
Tras otras las legiones su destino,
Sin que lo alteren fétidas lagunas,
Que interceptan á veces su camino !
Fuego arrojan las kábilas morunas ;
Hoy sus trincheras zumban de contino:
«Qué importa? (piensan todos). Adelante!
Aquí no hay pecho que la muerte espante.»

XXXVII.

Llegó el momento. El General lo ordena,
Y responden cañones y morteros :
De humo blanco la atmósfera se llena ;
Muerte esparcen los bravos artilleros.
Mas no el ardor del árabe se enfrena ;
Que sus disparos siguen más certeros ;
Y nueva artillería, en choque ardiente
Le ataca por los flancos y de frente.

XXXVIII.

Oh Dios ! ¿ Cómo dirá mi débil canto
Aquel fragor que zumba sin reposo ?
¿ Cuál vista humana sondará el espanto
Que opaco velo esconde pavoroso ?
Mas la hora llega suspirada tanto.
Firme avanza el ejército ; fogoso
Grita el Jefe: « Al asalto ! » y á su acento
Estrépito infernal cunde en el viento.

XXXIX.

No tanto del pastor al silbo agudo
Los canes, del rebaño guardadores,
Acometen con ímpetu sañudo
Á los rapaces lobos destructores;
Y entrando ciegos en combate rudo,
Sin temer sus colmillos matadores,
Tal los destrozan que en veloz hüida
Consiguen pocos libertar la vida;

XL.

Como á la voz de *asalto* la trinchera
Salvan los batallones aguerridos,
Tórmes, Princesa, Leon, Córdoba, Albuera,
Por el mortal combate enardecidos.
No vale al moro su arrogancia fiera,
Ni espantan ya sus roncos alaridos;
Pues los que embisten son como torrente
Que todo lo arrebata en su corriente.

XLI.

Y en su corcel de guerra, desalado,
Por brecha angosta que vomita fuego,
Blandiendo el corvo acero ensangrentado,
Entra ante todos Prim, de arrojo ciego.
Vuelan los catalanes á su lado:
Resiste el marroquí; mas cede luégo,
Y, doquiera vencido, el polvo muerde,
Ó en áspero breñal huye y se pierde.

XLII.

Y huyen tambien en ágiles bridones
Abbas y Hamet por la frondosa vega,
Llenos de horror los fuertes corazones
Al ver que Alá su proteccion les niega.
Tiéndense con pavor en los arzones;
De sangre el suelo el acicate riega;
Polvo en vertiginoso torbellino
Va marcando á lo léjos su camino.

XLIII.

¿Dó está la guardia negra, que arrogante
Vino, pronosticando su victoria?
Dispersa por los montes adelante,
De esta jornada guardará memoria.
En mano están del español triunfante
Banderas, armas, campamento... Oh gloria!
La infiel nacion que Europa ayer temia,
Hoy se prosterna ante la patria mia.

XLIV.

Tetuan, abre tus puertas; que mañana
Llegará el vencedor á tu recinto.
Escrito está: tu resistencia es vana
Ante el pueblo del Cid y Cárlos Quinto.
Si tu altivez por combatir se afana,
Si te aconseja tu furor no extinto,
Ay de tí con asalto y bombardeo!
Monton de escombros, humear te veo!

XLV.

Mas no: rendida está.—Con tristes voces
Cuenta al noble adalid su cruda suerte;
Que en ella siembran kábilas feroces
Incendio, asolacion, rapiña, muerte.
Y así termina: « Pues mi mal conoces,
Ven á salvarme con tu acero fuerte;
Ven, si te dueles de mortales penas,
Á restañar la sangre de mis venas.»

XLVI.

Y allá va el vencedor: no cual tirano
Que en destrozar su víctima se ceba;
Sí cual amigo, como padre humano,
Que en sus palabras la ventura lleva.
Entrando está el ejército cristiano
Por la ciudad que sus bondades prueba.
Signo de salvacion allí tremolas,
Oh enseña de las huestes españolas!

XLVII.

¡Espectáculo odioso, cuadro horrendo
Muéstrase ante los ojos repentino!
Puertas forzadas con furor tremendo,
Rastros del incendiario y asesino,
Niños y ancianos de hambre falleciendo,
Cadáveres que escombran el camino:
Parece que á lo léjos cuerpo toma
La sombra atroz del déspota Mahoma.

XLVIII.

Almo consuelo! La piedad bendita
Al soldado español blanda enternece,
Y de su propia mano el pan le quita,
Y al exánime hambriento se le ofrece.
«Es de un amigo!» con amor le grita,
Y la vida en el triste reaparece.
Son aquéllos, ciudad, tus defensores?
Á estos ¿los llamarás conquistadores?

XLIX.

Genios aciagos de region impura
Fueron á España ayer nuncios de males;
Hoy, vestidos de angélica hermosura,
Otros van, mensajeros celestiales.
Hace salva el cañon á tal ventura:
La patria escribe un triunfo en sus anales,
Y al santo gozo que su pecho anima,
Su nombre al firmamento se sublima.

L.

Cesad por fin! No más de sangre y llanto
Corran nuevos raudales; no más guerra.
Bríndaos la Paz, con seductor encanto,
Cuantas dulzuras su reinado encierra.
Propicia os abre el generoso manto
Que ampara á los humildes de la tierra.
Cesad por fin! ¡Sin sombra de mancilla,
De la patria el blason de nuevo brilla!

LI.

Mas ¿qué rumor siniestro!... El estampido
Del preñado cañon ¿súbito estalla?
Vibra el clarin? Resuena el parche herido?
Truena el fusil y ruje la metralla?
Desesperada lucha se ha encendido.
Oh Guad-Ras! tú eres campo de batalla.
Á Tánger van, á Tánger, los valientes;
Pero su sangre, ay Dios! corre á torrentes.

LII.

Allá combaten: los pendones veo
Con que se animan á luchar tenaces.
De sangre tinto, en funeral trofeo,
Brota laurel de campos tan feraces.
Ayes sentir de moribundos creo:
Cuál vencerá de las contrarias haces?
Mezclados van cristianos con infieles.
Pardos ponchos y blancos alquiceles.

LIII.

Feroz lidiando está la raza espuria,
Pues vencer ó morir juró al Profeta;
Mas ¿qué consigue su implacable furia?
Hacer nuestra victoria más completa.
Deshecha fué: vengó España la injuria;
Que el plomo á los malvados no respeta.
Si á sus armas heróicas todo cede,
En brazos de la Paz dormirse puede.

LIV.

No veis allí? Pasado ya el combate,
Se avistan ambos Jefes superiores:
Muley-El-Abbas la cerviz abate,
Tregua pidiendo á bélicos furores.
El vencedor, en cuyo pecho late
Gran corazon, atiende á sus clamores;
Y poniendo á los cielos por testigos,
Los contrarios de ayer, hoy son amigos.

LV.

Y un grupo celestial, de luz cercado,
Se dibuja en los aires de repente.
La PAZ muestra su oliva; al diestro lado,
Satisfecho el HONOR alza la frente.
El ORGULLO á sus piés yace aherrojado;
La GLORIA ciñe lauro floreciente;
Y con su trompa, alígera la FAMA,
Las virtudes ibéricas proclama.

LVI.

Triunfo sin par! Empresa peregrina!
Mármol y bronce os guardará la historia!
Ya la verdad al bárbaro ilumina,
Sol que despunta al fin de la victoria.
Augusta libertad y fe divina
Muéstrale un pueblo de inmortal memoria:
Cuál, apoyado en Dios, obró la hazaña?
Responda el mundo que lo sabe:—«ESPAÑA!»

FIN.